



27 de Junio de 2015, Ordenación de Presbíteros,  
S. I. Concatedral de S. Nicolás, Alicante

Queridos hermanos:

El texto evangélico que acabamos de escuchar transmite una sensación grande de paz y majestad; en él se respira un aire verdadero de tarde de Pascua. El Resucitado entra con las puertas cerradas, exhala su aliento sobre sus discípulos y les da su paz y su Espíritu. El evangelista Juan quiere presentar a Jesús en su nueva condición de Resucitado, como aquel a quien se ha dado “todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18) y que ahora transmite a su Iglesia estos sus poderes, entre ellos, en primer lugar, aquel de perdonar los pecados, y ello unido al envío que hace de sus discípulos, tal y como Él ha sido enviado por el Padre.

También hoy, el Señor se hace presente en medio de todos nosotros, y nos da su paz; y de modo especial se hace presente para vosotros: Santiago, Alejandro, Rubén y Vicent en el sacramento del orden que vosotros vais a recibir, y en el que por el don de su Espíritu os envía, configurándoos a Él y a su misión, para prolongar su obra de salvación en el mundo y hacerle presente como Cabeza y Pastor de su Pueblo.

Nuestra Iglesia cree y sabe, tal como afirma la liturgia, que el Señor “con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos el banquete pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor, lo alimentan con tu palabra y lo fortalecen con tus sacramentos” (Prefacio para la Misa de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote).

Así vemos que, al participar de la sagrada misión de Cristo, se destaca la eminente tarea de “alimentar” al pueblo santo con la Palabra, encomendándoles que la proclamen y la anuncien, como señaló S. Juan Pablo II, en *“Pastores dabo vobis”*: “El sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el evangelio del Reino” (n. 26).

Hoy es urgente acrecentar entre nosotros la conciencia no sólo de esta misión, sino de su especial necesidad. ¿Cómo van a creer si no se les predica? Encontramos esta pregunta en las cartas de S. Pablo, en la palabra del Apóstol que se consumía por anunciar a Jesucristo, por gastar su vida predicando a Cristo, evangelizando. Importa muchísimo, para ser una Iglesia “en salida” y misionera, como nos pide hoy el Señor por medio de la continua llamada del Papa Francisco, que nos encendamos en deseos de predicar, de anunciar a Cristo de todas las formas y maneras, en todos los lugares y ámbitos. Ser sacerdotes misioneros en nuestra tierra y comunidades, es condición ineludible para la conversión misionera de nuestra Diócesis.

Igualmente destaca el renovar el sacrificio de la redención, preparando el “banquete pascual”. De forma eminente es en la presidencia de la asamblea eucarística donde se da la epifanía de la sacramentalidad del presbiterado. De hecho existe un nexo intrínseco entre Eucaristía y Sacramento del Orden. Benedicto XVI, recordando esto en la Exhortación “*Sacramentum Caritatis*” (cf. 23), pide lucidez, ser plenamente conscientes que en el ministerio los presbíteros tienen una misión totalmente relacional, siendo vital el evitar poner en primer plano ni a sí mismos, ni sus propias opiniones y gustos, sino sólo al *Kyrios*, a Jesucristo. Como Juan el Bautista, a quien acabamos de celebrar especialmente estos días, hay que saber disminuir delante del Señor (cf. Jn 3,30) y en modo alguno erigirse en protagonistas de nuestra misión, y de modo especial de la acción litúrgica, menos aún presidiendo la Eucaristía.

Que importante es acrecentar el gusto por la Liturgia, por hacer de nuestras celebraciones ámbito auténtico de oración, de encuentro con el Señor, con su presencia salvadora. Que importante será que además de cuidar la predicación –como os decía al veros servidores de la Palabra– cuidéis especialmente el enorme valor de la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, y de modo destacado de la misa dominical de nuestras parroquias y comunidades, auténtica fuente y alimento para la vida de los cristianos.

Que la Eucaristía sea también la fuente de vuestra espiritualidad como presbíteros. Cada vez son más los testimonios, en los últimos tiempos, que la espiritualidad de los presbíteros no es otra cosa sino la vida espiritual vivida en aquello que realizan en su ministerio, en el cumplimiento de su deber, de su misión. Así, preparándose para anunciar la Palabra y proclamándola se alimentan también a sí mismos; celebrando la Eucaristía entran más profundamente en el misterio pascual; como ministros del sacramento de la reconciliación impregnan su vida de misericordia; procurando sembrar el Evangelio cada día a los demás lo comprenden mejor ellos mismos; trabajando en comunión y armonía con el obispo, los compañeros sacerdotes y la vida diocesana hacen Iglesia; escuchando a los hermanos y las hermanas, y cargando con sus heridas, asumen el rostro del “Buen Pastor que da la vida por sus ovejas” (Jn 10,11). Así, y ahí, es donde toca santificarse, donde toca dejarse moldear por la gracia de Dios, dejarse configurar con las acciones y sentimientos del Buen Pastor.

Así es como nos lo pide el apóstol S. Pedro, como hemos oído en la segunda lectura (1 Pe 5, 1-4), llamados como presbíteros a presidir al “pueblo santo en el amor”, siendo “modelos”, nunca actuando “a la fuerza”, siempre “de buena gana”. Es decir, configurados, cada día más, con Cristo, llevados por el Espíritu Santo, dejándonos modelar por Él, para asumir los rasgos de Aquel que da la vida y la gasta por los otros y en ofrecimiento al Padre.

Ofreciendo al Padre incluso nuestras limitaciones, incluso, como bellamente nos decía el Papa Francisco en la Misa Crismal de este año, ofreciéndole nuestro cansancio, incluso sabiendo que “muerto de cansancio –el sacerdote- puede postrarse en adoración, y decir: «Basta por hoy, Señor», y claudicar ante el Padre”, sabiendo que ahí “no se hunde, sino que se renueva”, pidiendo al final de esa homilía: “y sepamos aprender a estar cansados, ¡pero bien cansados!”. Que nuestro cansancio sea siempre el de una vida gastada, a tope, por el Evangelio, con constancia y amor; y nuestro reposo sea el Señor, sólo el Señor.

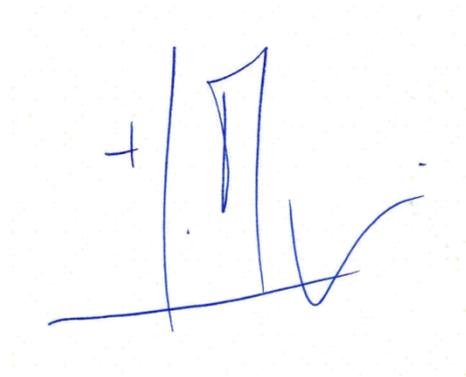
Un misterio muy grande todo esto. Incluso desde el comienzo de vuestra vocación. Que preciosas, al respecto, son las palabras oídas aquí del libro de Jeremías (Jer 1, 4-9). Palabras que reflejan la elección de Dios, que es quien nos llama; y quien nos dice: “no les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte”. Él es quien nos envía y quien pone sus “palabras” en nuestra boca. No temáis. Apoyaos en el Señor. Sólo Él basta.

Y vivid con enorme alegría, no sólo este día, sino todo vuestro ministerio. Hacen falta sacerdotes. Obreros santos en la mies del Señor. Apóstoles enamorados de Cristo como lo fue D. Diego Hernández y tantos otros sacerdotes ejemplares de ayer y de hoy de nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante. Esa es la mejor y más decisiva pastoral vocacional, nuestra convicción, nuestra alegría de ser testigos del Evangelio, de la fe de la Iglesia. También esto es llamada urgente del Señor, por medio del Papa Francisco. La alegría del Evangelio.

Hoy es un deber fundamental ayudar a muchas personas a redescubrir las fuentes de la verdadera alegría. El ser humano ha nacido para la felicidad. Sólo Dios es lo bastante grande para llenar toda la grandeza, altura y profundidad, y toda la amplitud de nuestro corazón; Es el “sólo Dios basta” de Santa Teresa. Es el conocido resumen de la experiencia de su propia vida que hizo S. Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Confesiones, I, 1). Llevar, conducir a Jesús, sea vuestra tarea como nuevos sacerdotes; descansar en Él, después de una larga vida de entrega, amando y sirviendo, sea vuestro honor y consuelo para siempre.

Mis queridos hermanos, Vicent, Rubén, Alejandro y Santiago. Vivid con una gran paz esta celebración; vivid con gratitud este día único, llevando en vuestra oración a todos aquellos (familiares, sacerdotes, parroquias, formadores del Seminario) que han sido mediación de Dios en vuestro camino de respuesta al Señor, y que os ha acompañado hasta hoy, hasta aquí.

Y queridos hermanos todos, sostengamos con nuestras oraciones a quienes van a ser ordenados sacerdotes de Cristo. Hoy es sábado, día de la Virgen del Perpetuo Socorro, estamos en la casa de nuestra Madre, la imagen de la Ntra. Sra. la Virgen del Remedio nos preside, nos hace presente a María, Madre de Dios, Madre, especialmente, de sus sacerdotes. Ella interceda por los que van a ser ordenados, los acompañe siempre, tal y como hace cada día con nuestra querida Iglesia de Orihuela-Alicante. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante